

Las contradicciones del capitalismo Brasileño y el mito de la Burguesía Nacional

Por Eduardo Crespo* y Javier Ghibaudi**

“Era Vargas”: el proyecto nacional-desarrollista

En la década de 1930 Brasil inició la construcción de un Estado Nacional Moderno en aquello que hasta allí era un territorio marcado por los particularismos regionales, las oligarquías terratenientes y una inserción internacional agroexportadora periférica. La “Era Vargas”, que se extendería hasta el golpe militar de 1964, generó nuevos sujetos y relaciones de acumulación. Bajo una impronta centralizadora fueron creados héroes y feriados nacionales, grandes obras de infraestructura y las principales empresas e instituciones que dominan la economía brasileña hasta los días de hoy, como Petrobras, Vale y el BNDES. En este período también se impulsó la organización de los trabajadores bajo tutela estatal. Aunque en un contexto histórico signado por la ideología nacionalista, también fue promovida la instalación de multinacionales norteamericanas y europeas en sectores caracterizados por elevados requerimientos tecnológicos y grandes escalas de inversión. De esta etapa proviene el llamado tripé (trípode) del desarrollismo brasileño: Estado, Capital privado de origen Nacional y Capital Extranjero. Esta ‘asociación’ nacional-extranjera representaba para la dirigencia del país - Inteligencia de izquierda incluida- una vía brasileña al desarrollo en condiciones de romper con las cadenas de la ‘dependencia’.

Golpe de 1964: ascenso del desarrollismo conservador

Con la dictadura militar (1964-1985), en sus diferentes fases, el Estado continuó y amplió su ya protagónica acción en materia de planificación y grandes inversiones orientadas al desarrollo industrial. En esta etapa se consolidaron los grandes grupos privados nacionales en el sector de la construcción civil y en la intermediación financiera, especialmente influyentes en los días de hoy. El régimen militar se encargó también de reprimir toda organización sindical y política, al tiempo que impuso una severa y continua desvalorización del salario real. Como ocurrió con la mayor parte de la periferia mundial, Brasil se acopló en los '70 a la nueva ola financiera internacional signada por el crédito barato que acabaría con la crisis de la deuda externa en los '80.

El gobierno del general Ernesto Geisel y su Plan Nacional de Desarrollo el PND II

*) Profesor de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ).

***) Profesor de la Universidad Federal Fluminense (UFF).

representaron un momento especialmente relevante en la dictadura brasileña. Su programa de gobierno apuntó a consolidar la industria pesada y la provisión de insumos en el marco de una estrategia de autonomía nacional. Se ampliaron las inversiones de las empresas públicas y el financiamiento a sectores privados nacionales sin por ello colisionar con el capital extranjero.

Sin embargo, en algunos sectores empresariales se empezó a afianzar la certidumbre de que el gobierno con estas medidas no apuntaba únicamente a disciplinar al trabajo sino también al capital. Aunque los niveles de rentabilidad seguían siendo muy elevados, este 'excesivo' intervencionismo estatal comenzó a despertar crecientes inquietudes y resistencias. Es sintomático que fuera durante este gobierno cuando por primera vez la Federación de Empresarios Paulistas (FIESP) firmó un documento que reclamaba por el retorno de la 'democracia'.

El neoliberalismo y después...

La vuelta de la democracia y la crisis de la deuda externa fueron aprovechados por el poder económico para desactivar las políticas nacional-desarrollistas del periodo anterior. La narrativa neoliberal buscó identificarlas con el autoritarismo y la desigual distribución del ingreso característicos de la dictadura militar. Simultáneamente se las asoció con la elevada inflación y el estancamiento que caracterizaron a la década del '80 y el inicio de los 90.

Antes de asumir como presidente en 1995, Fernando Henrique Cardoso (FHC) anunció el fin de la 'Era Vargas' y del 'intervencionismo populista'. En este período se verificó un drástico re-agrupamiento de aquellas elites surgidas al amparo del desarrollismo. Las privatizaciones se financiaron en co-sociedad nada menos que con el BNDES. Éste, y los Fondos de Pensión de los trabajadores de las empresas que permanecieron siendo públicas, se convirtieron en socios accionarios principales de los grupos privados nacionales vinculados con la construcción civil, la banca comercial y el agro-negocio. Sin embargo, fueron éstos quienes asumieron la gestión efectiva de los consorcios privatizados. La burguesía 'nacional' brasileña fue la principal promotora y beneficiaria del desguace del estado desarrollista que había sustentado hasta entonces su crecimiento.

Los sentidos del Lulismo

La llegada al poder del partido de los trabajadores (PT), en 2003, combinó en forma dosificada elementos aparentemente contradictorios, como el esfuerzo por conciliar mejoras apreciables en la distribución del ingreso en un esquema macroeconómico esencialmente neoliberal y que mantiene una actitud ambivalente con las políticas nacional-desarrollistas. Por un lado, se implementaron un conjunto de medidas orientadas a promover la extensión de derechos y beneficios sociales a los sectores populares. Es el caso de los aumentos progresivos del salario mínimo, la ampliación del Programa Bolsa Familia, el plan 'Luz para todos', la reducción del trabajo informal, la expansión del acceso a la enseñanza universitaria y la extensión del crédito al consumo para los sectores populares. Por otro, no se abandonó el programa macroeconómico heredado del gobierno de FHC. Se preservó el plan de metas inflacionarias a cargo del Banco Central y se mantuvo el objetivo de superávit primario y la ley de "responsabilidad fiscal".

El segundo mandato de Lula - en coincidencia con la crisis internacional de 2008-2009 y

algunos escándalos de corrupción que afectaron a ciertos sectores del gobierno-impulsó una política económica híbrida con un sesgo más heterodoxo y teñido por algunos rasgos afines al antiguo proyecto nacional-desarrollista. Si bien el esquema macroeconómico fundamental no se modificó, la política fiscal fue más laxa y se lanzó el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC), consistente en un ambicioso conjunto de obras públicas. Sin abrir una confrontación abierta con los grupos económicos, fue ampliado el financiamiento público para la inversión de largo plazo (BNDES), el consumo (Banco do Brasil) y la vivienda (Caixa Econômica Federal), al tiempo que creció significativamente la inversión de las empresas públicas.

Con la llegada de Dilma Rousseff a la presidencia en 2011 -cuando los efectos más perturbadores de la crisis internacional comenzaron a diluirse- se impuso una orientación de características restauradoras. La economía retomó su marcha a ritmo de tortuga. La presidenta estaría pagando la “fiesta de Lula”, apunta la propaganda conservadora. En la elite brasileña reemerge el viejo reclamo conservador contra el intervencionismo estatal al tiempo que aparecen nuevos temores frente reciente ascenso de los sectores populares.

Debe tenerse en cuenta que esta situación coincide con condiciones excepcionalmente favorables para la economía brasileña, debido a los elevados términos de intercambio de sus exportaciones, el insignificante endeudamiento público medido en moneda extranjera, las tasas de interés nulas a nivel internacional, el abultado volumen de reservas acumuladas por el Banco Central y la extendida capacidad actual de colocar deuda nominada en moneda local. En otras palabras, Brasil no tiene a la vista ninguna amenaza de restricción externa. Lo que impide hoy un crecimiento robusto de la economía brasileña no es la reducida disponibilidad de dólares de antaño sino el temor de sus elites de impulsar el crecimiento en simultaneidad con mejoras en la distribución del ingreso y en las condiciones de vida los sectores menos favorecidos. El lulismo representa un delicado equilibrio entre la voluntad democrática de incorporar a los sectores populares al consumo de masas y la decisión de evitar un choque frontal con un poder económico que rechaza de modo enérgico cualquier tentativa de que se vuelva a promover un nuevo ciclo de desarrollo centrado en el Estado.